

montaña se percibe á través del manto rojo de bosques despoblados; no he visto nunca montañas más llenas de elevaciones del terreno; á veces, la elevación del suelo es tan alta como una muralla. Toda esta enorme armazón mineral ha sido quebrantada, ó mejor aún, dislocada, tales son las grietas y resquebrajaduras que tiene cada meseta. En la cima, enormes placas de nieve jaspean el tapiz formado por las hojas caídas.

El viento Norte sopla triste y frío; el contraste es extraño cuando se mira el cielo lleno de luz, donde el sol luce en todo su esplendor y el delicioso color azul que va á perderse entre las lejanías del horizonte. El Apenino está franqueado, y colinas más modestas y valles bien encuadrados entre ellas comienzan á desplegarse y á ordenarse como en la vertiente opuesta. Acá y allá una villa agrupada sobre una montaña, especie de puerto cerrado, es un ornamento del paisaje como los que se ven en los cuadros de Pousino y de Claudio. Estos son los Apeninos, con sus hileras de *contrafuertes* (¿?) alargados, en medio de una península estrecha que da carácter á todo el paisaje italiano; nada de grandes ríos ni extensas llanuras. Valles limitados, de noble forma; mucha roca y mucho sol, los alimentos y las sensaciones en consonancia con el paisaje. ¡Cuántos rasgos del individuo y de la historia tienen impreso ese mismo carácter!

## PERUSA

3 de Abril

Esta es una antigua ciudad de la Edad Media, ciudad de defensa y de refugio, situada sobre una escarpada meseta desde la que se domina todo el valle. Muchas partes de la muralla son antiguas; la construcción de algunas de sus puertas es etrusca; la época feudal puso en ella sus torres y sus bastiones. La mayoría de las calles están en cuesta, los parajes abovedados y sombríos; á veces sobresale una casa que ocupa la mitad de la calle; las paredes, sin ventanas, parecen restos de antiguas fortalezas. Veinte ruinas traen á la imaginación recuerdos de la ciudad feudal y republicana; la negra puerta de San Agustín, enorme torreón de piedras, de tal manera devastadas y carcomidas que se diría que son de una caverna natural y que forman una terraza sostenida por lindas columnitas, romanas todavía, y por delicadas figuras, primeras ideas de elegancia y arte que florecieron en medio de los males y trastornos de la Edad Media. *El Palazzo del Governo*, severo y macizo, como era menester que fuese para resistir las batallas y sediciones populares, pero con un gracioso pórtico en el que se enros-

can torsos de piedra y cordones de sencillas é ingenuas figuras esculpidas; formas góticas y reminiscencias latinas; claustros de arcadas superpuestas y altas torres de iglesia, construidas con ladrillo ennegrecido por el tiempo. Escultura del primer renacimiento, de los siglos XIII y XIV, la más original y viviente de todas. Una fuente de Arnolfo di Lapo, de Nicolás y de Juan de Pisa. Una tumba de Benedicto XI, aun por Juan de Pisa (1). Nada más encantador que este primer impulso de la viva invención y del moderno pensamiento, medio engarzados en la góticas tradiciones. El Papa está acostado sobre un lecho en una alcoba de mármol, y dos angelitos sostienen las cortinas. Encima, y en una arcada ojival, la Virgen y dos santos, en pie, reciben su alma. No es posible dar una idea de la expresión admirada, infantil y dolorosa de la Virgen; el escultor había visto alguna joven llorando junto á su madre moribunda, y abandonándose á la impresión recibida, libremente, sin reminiscencias de lo antiguo, sin prejuicios de escuela determinada, expresaba su sentimiento; esas son palabras que hacen de una obra de arte una cosa eterna; se las oye después de cinco siglos tan claramente como el primer día; se ve, en fin, que á través de la opresión feudal y monástica, el hombre habla y se escucha el grito personal de un alma independiente y entera. Las menores obras de esta primera edad de la escultura obligan á detenerse y prestar atención como si se escuchase una voz real y vibrante. Después de Miguel Angel, los tipos son hijos; no se hace más que arreglar ó purificar una forma rutinaria ó prescrita. Antes de él, y

(1) 1304.

hasta la mitad del siglo XV, cada artista, como cada ciudadano, tiene personalidad propia. La moda y la convicción no se imponen ni á los genios ni á los caracteres; cada uno se muestra según su naturaleza y vense surgir figuras tan diversas y tan originales en las artes como en la vida.

En la catedral se estaba cantando la misa mayor, y no pude distinguir más que el sepulcro de un obispo á la entrada del templo. Rodean al prelado, yacente, cuatro mujeres que sostienen dos jarrones, una espada y un libro, y son de una sencillez y una altura admirables, con una amplia figura y una magnífica abundancia de cabellos, real, sin embargo de que no es sino una prueba más noble de un molde en el cual la verdad se ha observado naturalmente.

En el siglo XIV, Perugia era una república democrática y guerrera que combatía y conquistaba á sus vecinos. Los nobles estaban separados de los empleos civiles, y ciento cuarenta y cinco de entre ellos dirigían el asesinato de los magistrados; se les colgaba ó se les cazaba. Había en aquel territorio ciento veinte castillos y ochenta villas fortificadas. Gentilhombres *condottieri* se mantenían independientes y hacían la guerra á la ciudad. En Perugia, gentilhombres eran *condottieri*; el principal, Biordo de Michelotti, por tomarse demasiadas facultades, era asesinado en su casa por el cura de San Pedro. Sitiados por Braccio de Montone, los perusianos saltaban desde lo más alto de las murallas ó se hacían bajar con cuerdas para combatir de cerca á los soldados que les desafiaban. En medio de semejantes costumbres, las almas se mantenían llenas de vida y el suelo entero se laboraba para dar desarrollo á las artes.

### La pintura: Angélico, Perugino

¡Pero qué contraste entre esas artes y esas costumbres! Se han desterrado á la pinacoteca los cuadros de la escuela de la cual es Perusa el centro; toda ella es mística; parece que Asís y su piedad seráfica tomaron el mando de las inteligencias. Entre tanta barbarie, este era el sólo centro del pensamiento; no había muchos en la Edad Media, y cada uno de ellos extendía su dominio en torno suyo. Fra Angélico de Fiésolo, perseguido en Florencia, vino á vivir cerca de aquí por espacio de siete años y trabajó aquí mismo; hallábase mejor que en su pagana Florencia. El es quien atrae, desde luego, todas las miradas. Al contemplarle parece que se lee la *Imitación de Cristo*. Sobre fondo de oro, las puras y dulces figuras respiran con una quietud muda, semejantes á rosas inmaculadas de los jardines del paraíso. Recuerdo entre todas sus obras una *Anunciación* en dos cuadros (1). La Virgen es el candor, la bondad misma; la fisonomía está casi animada y las bellas manos religiosamente unidas para orar. El ángel, de rizados cabellos, arrodillado á sus pies, parece una joven sonriente, un poco turbada, que sale de la casa de su madre. En otro lado está la *Natividad*; ante la delicada figurita de Jesús niño, dos ángeles vestidos con largas túnicas le ofrecen flores. ¡Son tan jóvenes y se muestran tan *graves*! He ahí delicadezas que los pintores que le siguieron no han sido capaces de

(1) Núms. 221-222.

encontrar. El sentimiento es una cosa infinita é incomunicable; ninguna erudición ni ningún esfuerzo pueden reproducirle por completo. Hay en la verdadera piedad reservas y pudores seguidos de directos arreglos de ropajes, de detalles accesorios que los más sabios maestros, un siglo después, no conocieron en absoluto.

Por ejemplo, en una *Anunciación* del Perugino, que está colocada junto á aquélla, el cuadro representa, no un pequeño oratorio secreto, sino un patio grande. La Virgen está de pie, asustada, pero no sola; hay dos ángeles detrás de ella y otros dos detrás de Gabriel. Otro cuadro del Perugino representa á San José y á la Virgen de rodillas ante su Hijo. A su espalda, un pórtico de piedra muestra sus columnas al aire libre, y tres pastores, á distancia, rezan; parece que se escucha el silencio del campo á la vista de este cuadro tranquilo.

Al mismo tiempo, las actitudes y las figuras del Perugino parece que expresan un sentimiento desconocido y único; los personajes son *niños místicos*, ó si se quiere, almas de adultos retenidas en la infancia por la educación del claustro. Ninguno de ellos mira á los otros, ninguno se anima, cada uno está encerrado en su propia contemplación, todos tienen el aire de vivir en Dios. Los ángeles, particularmente, con sus ojos bajos, su frente pensativa, son verdaderos adoradores, prosternados, persistentes, inmóviles. Los del *Bautismo de Jesús* tienen la modestia, la inocencia humilde y virginal de una religiosa que comulga. Jesús mismo parece un tierno seminarista que sale por vez primera de casa de su tío, un buen cura de aldea que no ha puesto nunca sus ojos en mujer alguna y que recibe la hostia

todas las mañanas ayudando á la misa. No tiene esto nada de común con los maceramientos y las violencias del antiguo cristianismo ó de la restauración católica. No se trata de dominar el pensamiento ni de refrenar el cuerpo; éste es bello, la salud completa. Un joven *San Sebastián*, con botas verdes y doradas; una buena *Virgen*, joven también, casi gorda y lucida; otros veinte personajes del Perugino están exentos del régimen ascético, pero las piernas descarnadas y los ojos inmóviles, anuncian que viven aún en el dormido bosque. Cosa singular; lo mismo en el Perugino que en Van-Dyck, los cuerpos pertenecen al Renacimiento y las almas á la Edad Media.

Este hecho es más visible todavía en el *Cambio*, especie de bolsa ó de *guildhall* de los comerciantes. Perugino fué encargado de decorarla en 1500 y puso una *Transfiguración*, una *Adoración de los pastores*, las sibilas, los profetas, Leónidas, Sócrates, otros héroes y filósofos paganos, un San Juan en el altar, Marte y Júpiter bajo la bóveda. A un lado se encuentra una capilla con artesonados de madera esculpida, dorada y pintada, con el Padre Eterno en el centro, diversos arabescos formados por hermosas mujeres desnudas cabalgando sobre leones. ¿Puede verse más claramente la confluencia de las dos épocas, la mezcla de ideas, el florecimiento del nuevo paganismo á través del viejo cristianismo?

Los mercaderes, con sus largas túnicas, formaban asamblea sentándose en los bancos de esta estrecha sala; antes de deliberar iban á postarse de hinojos en la pequeña capilla inmediata y oían una misa. Allí, Juan Nicolás Manni, á ambos lados de la presidencia, pintó las arrogantes y delicadas figuras de su *Anunciación*; una hermosa

Herodiades, encantadoras mujeres, graciosas y delgadas, que hacen sentir los ímpetus ó la riqueza de la vitalidad corporal. Los mercaderes escuchaban el murmullo de los responsos, contemplaban los sagrados gestos del oficiante, y más de un fiel ha debido levantar sus ojos hasta el torso rosado de las pequeñas quimeras agrupadas en el cielorraso; eran éstas, al decir de la gente, obra de un joven que ofrecía grandes esperanzas, discípulo favorito del maestro Rafael Sanzio de Urbino. Terminada la misa, entraban en la sala del Consejo, donde se discutía, probablemente, sobre el pago de trescientos cincuenta escudos de oro prometidos al Perugino por su trabajo; no era demasiado caro; tardó en la obra siete años, y sus conciudadanos comprenden, por simpatía, por semejanza de carácter, las dos fases de su talento, la antigua y la nueva, cristiana una, semipagana la otra.

He aquí de improviso una *Natividad*, bajo un alto pórtico, con un paisaje de árboles ligeros, como á él le agradan. Este es un cuadro aéreo y religioso, propio para inspirar amor á la vida contemplativa. No se puede elogiar bastante la gravedad modesta, la nobleza silenciosa de la Virgen arrodillada ante su Hijo. Tres grandes ángeles encaramados en una nube, cantan, teniendo delante un cuaderno de música; esta simplicidad lleva el espíritu á los tiempos del misterio, pero no hay más que volver la cabeza y se ven figuras de índole muy diferente. El maestro ha ido á Florencia, y las estatuas antiguas, sus desnudeces, los grandes gestos y las orgullosas actitudes de las figulinas nuevas, le han revelado otro mundo, que él reproduce con moderación, pero que le atrae lejos de su primer camino. Seis profetas,

cinco sibilas, cinco guerreros y otros tantos filósofos paganos están en pie, y cada uno de ellos como una estatua antigua; es un dechado de fuerza y de nobleza corporal. No es que imite la manera de los tipos griegos; los cascos de complicados adornos, los tocados fantásticos, las reminiscencias de la caballería se mezclan bizarramente con las túnicas y las desnudeces, pero el sentimiento que las inspira es antiguo. Aquellos eran hombres fuertes y contentos de la vida, y no almas piadosas que piensan en el paraíso. Todas las sibilas rebosan belleza y juventud. La primera se adelanta, y su gesto, su talle, tienen un aspecto y un aire de reina. Del mismo tamaño y actitud es el profeta-rey que está enfrente. La seriedad y la elevación de todas estas figuras es incomparable. En esta alborada del pensamiento, el rostro aun intacto guarda, como en las estatuas griegas, la sencillez y la inmovilidad de la expresión primitiva. La ondulación de la fisonomía no oscurece el tipo; el hombre no se ha dispersado en pequeños pensamientos diversos y fugitivos; el carácter se distingue por la unidad y el reposo.

A la izquierda, sobre una pilastra, hay una figura gordiflona, bastante vulgar, con largos cabellos que salen de un bonete rojo; se diría que era un abate de pésimo humor; tiene el aire gruñón y cazarro; es el Perugino pintado por sí mismo. Está muy cambiado en aquel momento. Los que han visto otro retrato suyo, hecho también por él algunos años antes en Florencia, apenas le reconocerían. En su vida, como en sus obras, hay dos sentimientos contrarios y dos épocas distintas. Religioso primero, no puede dudarse de su vocación, cuando se le ve tanto tiempo, hasta en el centro de la pagana Florencia, copiar y purifi-

car figuras tan religiosas; pintar gratuitamente ó para obtener plegarias el oratorio de una congregación situada frente á su casa; pintar y guardar para él catorce estandartes para prestarlos en las procesiones; vivir y desenvolverse en los conventos de la piadosa *Ombria* (1). El es inventor en la pintura sagrada, y un hombre no inventa más que siguiendo los impulsos de su propio corazón. No van muy descaminadas las conjeturas que le representan en Florencia como un admirador de Savonarola. Savonarola es prior del convento que él decora. Savonarola hace quemar las pinturas paganas y lleva á Florencia hasta el límite del entusiasmo ascético y cristiano. Las primeras palabras de un sermón de Savonarola, se basan sobre un papel que tiene Perugino en el retrato que de él mismo hace, y el pintor adquiere terreno para edificar una casa en la ciudad del reformador. De pronto cambia la escena: Savonarola es quemado vivo, y á sus discípulos les parece que la Providencia, la justicia y el poder divino se han enterrado en su tumba. Muchos de entre ellos han guardado hasta en lo más íntimo de su memoria la imagen del mártir, que fué vendido, torturado é insultado en la hoguera por aquellos á quienes saludaba. ¿Fué este horrible suceso, juntamente con las enseñanzas epicúreas de Florencia, lo que cambió las ideas de Perugino? Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que al volver no es el mismo. Su figura, irónicamente desconfiada, muestra las huellas de la concentración y el decaimiento de su espíritu. Sus obras religiosas son más frecuentes y menos puras; acaba por hacerlas á docenas como un fabricante; muy pronto se le acusa de

(1) Rix, *Historia del arte cristiano*, t. II, pág. 218

no trabajar más que por interés (1). Para tratar á los paganos que concurren á la Bolsa, adopta el estilo de los anatomistas de Florencia. Más adelante pinta desnudos alegóricos (2), el Amor y la Caridad, pobre y friamente, en libertina pesadez, que se aviene mal con su juventud y belleza. Parece haberse convertido en un simple ateo de agrídulces tendencias, como todos aquellos que niegan rencorosa y burlescamente, á fuerza de decepciones y tristezas. «No pudo jamás creer en la inmortalidad del alma—dice Vasori.—Su cerebro de hierro no podía entretenerse en prácticas piadosas; toda su esperanza estaba basada en los bienes de fortuna.» Y un biógrafo contemporáneo añade: «Hallándose para morir se le dijo que era necesario que se confesara, pero él contestó: «Quiero ver cómo se recibe allá arriba un alma que no se confiesa.» Y siempre se negó á hacerlo.»

Un fin semejante después de tal vida, ¿no demuestra de una manera clara que la época de San Francisco se ha trocado en la época de Alejandro VI?

Otros han sido más felices, por ejemplo, Rafael. Aquí, en su estudio, ante estos paisajes que él ha reproducido tantas veces, yo he pensado en su puro y feliz ingenio, en sus paisajes abiertos y rientes, en la nitidez un poco seca, en la simplicidad exquisita de sus primeras obras. Este cielo es de una pureza perfecta; el aire ligero, transparente, deja percibir á una legua de allí las finas formas de los árboles. A cien pasos de San Pedro, una explanada cubierta de verdes encinas avanza como un promontorio; más abajo se ex-

(1) Vasori.

(2) Museo del Louvre.

tiende la campiña, vasto jardín sembrado de árboles, donde el follaje de los olivos forma rayas pálidas entre la verdura sombría de las mieses nuevas.

La magnífica cúpula azul resplandece iluminada por el sol y los rayos de éste juegan á su antojo en aquel inmenso circo, que recorren sin obstáculo. Hacia el Occidente, las encinas doradas se escalonan unas sobre otras, más claras según se aproximan al horizonte, y las últimas son tan sutiles como un velo de seda.

Los ojos, asombrados, gozan por largo rato de tan hermosa vista, de tan pura nitidez de formas; pero el aire que viene de las montañas impide al cuerpo olvidarse de la realidad en un bienestar voluptuoso. Se advierte que la roca infecunda y el frío invierno están á la puerta. Allá abajo, una larga arista rota á trechos viene cubriendo el cielo, que palidece con tonos de acero entre nubes que parecen trozos de mármol.